

Literatura / Un creador excesivo

La exagerada vida de Vladimir Maiakovski

Juan Bonilla recrea en una novela la gloria y derrota del gran poeta ruso

ANTONIO LUCAS / Madrid

Antes de raparse la cabeza, Vladimir Maiakovski se presentaba en los recitales, en los mítines, en las imprentas y en las casas como peinado con relámpagos. Llevaba una melena a desmano sobre su cara de gigante. Era un poeta. Era el poeta. El atizador del futurismo ruso, el gran chamán, el iluso vitaminado de teorías imposibles. El otro alquimista del idioma.

Maiakovski cree en la poesía como principio transformador del mundo. Cree en la revolución. Cree en sí mismo como un dios al que un puñado de células enlazan como a un hombre. Cree que la burocracia bolchevique será la salvación y son ellos, sin embargo, quienes le cargan el tambor de la pistola de darse el tiro en el callejón de Lubiánski, el 14 de abril de 1930. Tenía 37 años... Todo en este hombre fue excesivo, extremo, deslumbrante, afiebrado, incalculable, ingenio.

Ese cóctel de energías en colisión encierra desde hace tiempo un *sinporqué* fascinante para Juan Bonilla. Algo que no se podía concretar del todo en un cuento, ni en un ensayo, ni en un poema. Algo que exigía una novela exigente para ser contado de otro modo. Y de ahí viene *Prohibido entrar sin pantalones* (Seix Barral), una narración de vértigo y precisión donde Bonilla cuenta al galope la vida desatada del autor de *La nube en pantalones*, uno de los principales artistas de la Rusia de entresiglos, la que comienza

con los zares y remata con el bolchevismo encargado de *fumigar* a los artistas que previamente encumbraron: Ajmátova, Esenin, Rodchenko, Popova, Tsviétaieva...

— ¿Por qué el interés en Maiakovski?

— Tiene mucho con ver qué ha sucedido también conmigo a lo largo de los años como lector suyo... Por debajo del texto de la novela hay una conversación entre el hombre desilusionado y desengañado que soy ahora con el chaval que fui y descubrí en Maiakovski a un hombre que decía que ésta tenía que servir para algo más que para ser leída por un puñado de cultos. Sino que debe cambiarlo todo... Fue alguien que se negó a estar sometido a la rutina y formó parte de esa ambición tan tremenda de algunos artistas que se sentían obligados a asaltar al poder.

Un poder que siempre jugó en su contra. Lenin se sirvió de él y Stalin lo remató. Pero nunca se dio de baja del empeño (incluso *naïf*) de inventar un mundo mejor con el arte como piedra clave, como alimento. Maiakovski, del que se cumplen 120 años de su nacimiento el próximo mes de julio, encierra una épica de vida que remata directamente en la candeidez. «Había en él algo de adolescente, una condición que estaba llena por igual de encanto y de peligro. Como todo lo adolescente, cuando se desplaza al mundo maduro, está lleno de posibles barbaridades», sostiene Bonilla.

Entre esas atrocidades está la de



El poeta ruso Vladimir Maiakovski en 1924. COLECCIÓN ROGER VIOLETT

prestar servicio en una checa (comités de la policía secreta en la Rusia soviética), donde realizó informes contra distintos artistas convencidos de a sí mismo de que eso era un acto poético más.

En este sentido, Maiakovski es también la encarnación de un fracaso, el de la revolución bolchevique:

«Pero hay que definir primero qué entendemos por revolución. La rusa no es un punto de partida que acaba en Gorbachov, sino que fue un cambio de paradigma con los días contados. Es un cambio de paradigma donde la misma estructura de poder exige a quien manda que copie la estructura del régimen anterior: en

vez de un zar, Lenin. En vez de los aristócratas, los nuevos burocratas... Maiakovski está en medio de todo eso como una bisagra y fue directamente utilizado», sostiene el autor.

A su vida convulsa e hiperactiva hay que sumar también sus amores descompensados. La relación triangular que vivió junto a Lily y su marido, el crítico Ósip Brik. El deseo inflamado. El deseo incumplido. «El trió o el adulterio es una actitud rusa más aceptada que en otros países europeos. Pero en este caso hay varios componentes lacerantes», apunta Bonilla. «Y es que Maiakovski no deja de sufrir a pesar de que considera que su forma de amar es un de-

«Creyó que la poesía podría transformar el mundo», dice el autor

La decepción política y vital le llevó a suicidarse de un disparo a los 37 años

sacato a las convenciones burguesas... Pero en verdad no lo supo llevar». Con las mujeres todo fue siempre torcido, aunque Lily le empujó a escribir algunos intensos poemas de amor.

«La esencia de lo poético para él era la incertidumbre, el inventarse la vida permanentemente», apunta Bonilla. De ese vértigo viene también su escritura: poemas, cine, teatro... Todo aquello con lo que confeccionó su galaxia incontinente, la nave de su pasión fallida. «Era, en ese sentido, un tipo que tenía pocas cosas claras pero sí creía en que la condición esencial del arte es desvelar la mentira que nos han vendido. A la manera de Rimbaud». Ésa fue su conquista. Ésa fue su derrota. Pues a golpe de sensaciones vivió y a golpe de sensaciones se quitó de en medio.



DECADENCIAS

LUIS ANTONIO DE VILLENA

Abogado de la juventud

Se dice que el gran Robert Louis Stevenson (1850-1894) escribió a menudo para la juventud y desde luego dijo alguna vez que reclamaba para sí —si algún título querían darle— el de *advocatus iuventutis*, abogado de la juventud. No sólo porque alguna vez escribió para jóvenes sino porque logró, casi siempre, escribir para el joven que todos guardamos dentro. Y lo consiguió.

Sólo por su claro talento y por esta aludida juventud de espíritu pudo nuestro hombre combatir su enfermedad (una tisis se-

vera) viajando sin cesar en busca de la curación, hasta llegar a los idílicos Mares de Sur, donde murió —con 44 años— y donde yace enterrado en la cumbre del monte Vaea, en Samoa. Aunque desde 1880 la enfermedad no dejó de producirle fuertes crisis, Robert Louis tampoco dejó de escribir (fue abundante la obra que se publicó póstuma) y no cedió en su temple animoso y optimista. *La isla del tesoro* (según algunos una de las mejores novelas de aventuras del mundo) fue escrita en Escocia aún, cuando su autor tenía 31 años. Dicen, y parece cierto, que la escribió al hilo de las invenciones que tramaba para su hijastro —y siempre fiel seguidor— Lloyd Osborn.

El muchacho tenía entonces 13 años, pero Stevenson se dejó impulsar por sus sueños y los puso nombre: el tesoro del capitán Flint, Jim Hawkins en la posada del almirante Benbow, o el viejo John Silver. Todos navegarán en la *Hispaniola* rumbo a la aventura y al oro, dentro ya de la aventura y del sueño dorado...

Es una novela para cualquier edad y absolutamente cautivadora. Por eso el traductor de la versión que acaba de publicar Renacimiento de *La isla del tesoro*, el poeta José María Álvarez, pudo decir con razón en un poema de hace años: «Que a ti también/ como a Jim Hawkins aquel día/ te aguarde una 'Hispaniola'». Es decir, que nunca pierdas en tu vida el sabor embriagante de la aventura.

Stevenson es un gran prosista del XIX que encandiló a Henry James

La novela se publicó en volumen en 1883. Para entonces, Stevenson ya sabía que tendría que irse lejos. Atravesaría los Estados Unidos y desde San Francisco se lanzaría al gran Pacífico, del que no re-

gresó nunca. Estuvo en Hawaii, en Tahiti y eligió Samoa, donde construyó su casa, Vailima y siguió escribiendo —sin curarse— y trató a los nativos como iguales, no al paco y cruel estilo colonial, y ellos le apodaron *Tusitala*, el cuentacuentos.

Escribió su propio epitafio, extrañamente en paz (en melancólica paz) con todo. Es uno de los grandes prosistas del XIX inglés, lo que es mucho decir; y encandiló a escritores como Henry James o Marcel Schwob.

Reino de Redonda va a publicar en breve una antología de los versos de Stevenson, *De vuelta del mar*, traducida por Javier Marías. Quizá los poemas sean, en general, menores al lado de la prosa, pero los hay magníficos. Sin ir más lejos el *Réquiem* que trazó para su tumba. Su final dice: «Y poned sobre mi tumba este verso: / Aquí yace donde quiso yacer; / de vuelta del mar está el marinero, / de vuelta del monte está el cazador». Imposible tan fácil y tan difícil.